



Zygmunt
Bauman

TIEMPOS LÍQUIDOS

Vivir en una época
de incertidumbre

TUSQUETS
EDITORES

Zygmunt Bauman
TIEMPOS LÍQUIDOS
Vivir en una época de incertidumbre

Traducción de Mayka Lahoz

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Liquid Times. Living in an Age of Uncertainty*

1.^a edición en colección Ensayo: septiembre de 2007

1.^a edición en esta presentación: marzo de 2024

© 2007, Gius. Laterza & Figli. Todos los derechos reservados

© de la traducción: Mayka Lahoz, 2024

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-433-9

Depósito legal: B. 2.108-2024

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Limpergraft, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

Introducción: Con valentía hacia el semillero de incertidumbres.	9
1. La vida líquida moderna y sus miedos	15
2. Una humanidad de aquí para allá.	46
3. Estado, democracia y manejo de los miedos . .	84
4. Sin contacto, pero juntos	107
5. La utopía en la época de la incertidumbre. . . .	138
Apéndices	
Notas.	163
Índice onomástico	171

1

La vida líquida moderna y sus miedos

«Si deseas la paz, ocúpate de la justicia», afirmaba la sabiduría antigua, y, a diferencia del conocimiento, la *sabiduría* no envejece. La falta de justicia bloquea hoy el camino hacia la paz como ya lo hizo hace dos milenios. Eso no ha cambiado. Lo que ha cambiado es que ahora la «justicia», al contrario que en la antigüedad, es un asunto planetario, que se mide y se evalúa por medio de comparaciones planetarias, y ello por dos razones.

La primera razón es que, en un planeta surcado de «autopistas de la información», nada de lo que suceda en alguna parte del globo puede en realidad, o al menos en potencia, quedarse en un «exterior» *intelectual*. No hay una *terra nulla*, no hay espacios en blanco en el mapa mental, no hay tierras ni pueblos desconocidos, y mucho menos incognoscibles. La miseria humana de lugares lejanos y modos de vida remotos, así como el dispendio humano de otros lugares y modos de vida igualmente lejanos y remotos, se nos meten en casa a través de las imágenes electrónicas de una forma tan viva y desgarradora, tan vergonzosa o humillante, como lo son la indigencia o la ostentosa prodigalidad de aquellos seres humanos con los que

topamos cerca de casa durante nuestros paseos diarios por las calles de la ciudad. Las injusticias, a partir de las cuales se configuran los modelos de justicia, ya no se limitan a la vecindad inmediata, ya no se reducen a las «privaciones relativas» o a las «diferencias salariales» que pueda haber en comparación con los vecinos de al lado, o con los colegas más cercanos en el *ranking* social.

La segunda razón es que, en un planeta abierto a la libre circulación de capitales y de mercancías, cualquier cosa que ocurra en un lugar influye en la forma en que viven, esperan o prevén vivir las personas de todos los demás lugares. No hay nada que con absoluta convicción pueda presuponerse que se halla en un «exterior» *material*. Nada es realmente indiferente, o puede permanecer indiferente por mucho tiempo, a todo lo demás; nada hay que permanezca intacto y sin contacto. El bienestar de un lugar no es inocente de la miseria de otro. Para decirlo en los concisos términos de Milan Kundera, la «unidad de la humanidad» que ha traído consigo la globalización significa principalmente que «no hay ningún lugar al que uno pueda escapar».¹

Como apuntó Jacques Attali en *La Voie humaine*,² la mitad del comercio mundial y más de la mitad de la inversión global tan solo benefician a veintidós países, que acogen apenas el 14 por ciento de la población mundial, mientras que los cuarenta y nueve países más pobres, habitados por el 11 por ciento de la población mundial, solo reciben entre todos una cuota del 0,5 por ciento del producto global, casi lo mismo que los ingresos conjuntos de los tres hombres

más ricos del planeta. El 90 por ciento de la riqueza total de este sigue en manos de solo el 1 por ciento de sus habitantes. Y no hay rompeolas a la vista capaces de contener la marea global de la polarización de los réditos, que sigue aumentando de forma ominosa.

Las presiones dirigidas a romper y dismantelar las fronteras, comúnmente llamadas «globalización», han hecho su trabajo con pocas excepciones, que desaparecen con rapidez; todas las sociedades están ahora entera y realmente abiertas, tanto en sentido material como intelectual. Sumen ustedes ambos tipos de «apertura» —la intelectual y la material— y verán por qué cualquier agravio, privación relativa o indolencia artificiosa se rematan en todas partes con la afrenta de la injusticia: el sentimiento de que se ha hecho daño, un daño que pide a gritos ser reparado, pero que ante todo obliga a las víctimas a vengarse de sus males...

La «apertura» de la sociedad abierta ha adquirido un nuevo cariz, un cariz inimaginable para Karl Popper, que acuñó la expresión. Como antes, esa apertura significa que una sociedad admite con franqueza su propia incompletitud y, por lo tanto, está ansiosa por ocuparse de sus propias posibilidades, aún no intuidas ni mucho menos exploradas; pero significa, además, que una sociedad se siente impotente como nunca antes se había sentido para decidir su propio rumbo con cierto grado de certeza, así como para defender el itinerario elegido una vez seleccionado. El atributo de la «apertura», antaño valioso pero frágil producto de una valiente aunque estresante *autoafirmación*, se relaciona hoy en día sobre todo con un

destino al que es imposible resistirse; con los imprevistos e inesperados efectos colaterales de la «globalización negativa», es decir, de una globalización selectiva del comercio y el capital, la vigilancia y la información, la violencia y las armas, la delincuencia y el terrorismo, factores, todos ellos, que coinciden en su desprecio hacia el principio de soberanía territorial y en su falta de respeto por cualquier frontera estatal. Una sociedad «abierta» es una sociedad expuesta a los golpes del «destino».

Si, originalmente, la idea de una «sociedad abierta» representaba la autodeterminación de una sociedad libre que apreciaba su apertura, hoy trae a la mayoría de las mentes la experiencia aterradora de una población heterónoma, desgraciada y vulnerable, confrontada con —y posiblemente abrumada por— fuerzas que ni controla ni comprende del todo; una población horrorizada ante su propia indefendibilidad y obsesionada con la impenetrabilidad de sus fronteras y con la seguridad de los individuos que viven dentro de ellas, aunque son precisamente la impermeabilidad de sus fronteras y la seguridad de la vida dentro de esas fronteras lo que se escapa a su control y lo que parece destinado a quedar fuera de su dominio mientras el planeta siga estando sometido a una globalización meramente *negativa*. En un planeta globalizado de forma negativa, la seguridad no puede obtenerse, y mucho menos garantizarse, en un solo país o en un grupo seleccionado de países: ni por sus propios medios ni con independencia de lo que suceda en el resto del mundo.

La justicia, condición previa de una paz duradera,

tampoco puede alcanzarse, y aún menos garantizarse, de ese modo. La «apertura» pervertida de las sociedades impuesta por la globalización negativa es en sí misma la causa principal de la injusticia y, por lo tanto, indirectamente, también del conflicto y de la violencia. Como dice Arundhati Roy, «cuando la élite, en algún lugar de la cima del mundo, prosigue sus viajes a destinos imaginarios, los pobres se quedan atrapados en una espiral de delincuencia y de caos».³ Las acciones del Gobierno de Estados Unidos, afirma Roy, junto con las de sus diversos satélites, apenas disfrazados como «instituciones internacionales», tales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio, han traído consigo, como «peligrosos productos secundarios», «el nacionalismo, el fanatismo religioso, el fascismo y, por supuesto, el terrorismo, que avanzan de la mano con el progreso de la globalización liberal».

El lema «Mercados sin fronteras» es una buena receta para la injusticia y para el nuevo desorden mundial, en el que se ha invertido la famosa fórmula de Clausewitz para que ahora le toque a la política convertirse en una continuación de la guerra por otros medios. La desregulación, que da lugar a la anarquía planetaria, y la violencia armada se alimentan mutuamente, se refuerzan y se revigorizan la una a la otra. Como advierte otra sabiduría milenaria, *inter arma silent leges* (cuando las armas hablan, las leyes callan).

Antes de enviar tropas a Irak, Donald Rumsfeld declaró que «la guerra se ganará cuando los estadouni-

denses vuelvan a sentirse seguros». ⁴ Ese mensaje ha sido repetido desde entonces, un día sí y el otro también, por George W. Bush. Pero el envío de tropas a Irak elevó y sigue elevando el miedo a la inseguridad, en Estados Unidos y en otros lugares, a nuevas cotas.

Como cabía esperar, la sensación de seguridad no fue la única víctima colateral de la guerra. Las libertades personales y la democracia pronto compartieron su misma suerte. Por citar la profética advertencia de Alexander Hamilton,

La destrucción violenta de vidas y de bienes que conlleva la guerra, el esfuerzo continuo y la alarma que acompañan un estado de peligro permanente, obligarán a las naciones más apegadas a la libertad a recurrir, en busca de reposo y de seguridad, a instituciones que tienen tendencia a destruir sus derechos civiles y políticos. Para sentirse más seguras, acabarán estando dispuestas a correr el riesgo de ser menos libres. ⁵

Ahora esa profecía se está cumpliendo.

Una vez instalado en el mundo de los humanos, el miedo adquiere su propio impulso y su propia lógica de desarrollo y necesita poca atención y casi ninguna inversión adicional para crecer y extenderse de manera imparable. En palabras de David L. Altheide, lo más decisivo no es el miedo al peligro, sino más bien hacia dónde puede expandirse ese miedo, en qué puede convertirse. ⁶ La vida social cambia cuando las personas viven parapetadas tras unos muros, contratan

vigilancia, conducen vehículos blindados, llevan consigo aerosoles de gas pimienta y pistolas y reciben clases de artes marciales. El problema es que esas actividades reafirman y ayudan a generar la misma sensación de desorden que precisamente nuestras acciones pretenden evitar.

El miedo nos empuja a adoptar medidas defensivas. Cuando se toma, la medida defensiva da inmediatez y tangibilidad al miedo. Son nuestras respuestas las que transforman los presentimientos sombríos en realidad cotidiana, y hacen que la palabra se haga carne. Ahora el miedo se ha instalado dentro, y satura nuestras rutinas diarias; apenas necesita más estímulos del exterior, ya que las acciones que día tras día provoca le proporcionan toda la motivación y toda la energía que necesita para reproducirse. Entre los mecanismos que compiten por aproximarse al modelo soñado del *perpetuum mobile*, el de la autorreproducción de una red constante de realimentación positiva entre el miedo y las acciones inspiradas por este es el que más cerca está de ocupar el primer puesto.

Parece como si nuestros miedos tuvieran la capacidad de perpetuarse y reforzarse por sí mismos, como si hubieran adquirido un impulso propio y pudieran seguir creciendo haciendo uso exclusivamente de sus propios recursos. Esa aparente autosuficiencia solo es, desde luego, una ilusión, como lo ha sido en el caso de muchos otros mecanismos que han reivindicado el milagro del movimiento perpetuo autopropulsado y autoalimentado. Obviamente, el ciclo del miedo y las acciones impuestas por este no se desarrollaría tan fluidamente y seguiría ganando veloci-

dad si no continuara extrayendo su energía de las sacudidas existenciales.

La presencia de tales sacudidas no es precisamente una novedad; los terremotos existenciales han acompañado a los humanos a lo largo de toda su historia, porque ninguno de los escenarios sociales en los que se han llevado a cabo las actividades de la vida humana ha ofrecido nunca una protección infalible contra los golpes del «destino» (llamado así para diferenciar los golpes de ese tipo de las adversidades que los seres humanos sí *podían* evitar, y para expresar no ya la naturaleza peculiar de esos golpes como tales, sino el reconocimiento de la *incapacidad de los hombres para predecirlos*, y no digamos ya para prevenirlos o mitigarlos). Por definición, el «destino» golpea sin previo aviso y es indiferente a lo que sus víctimas puedan hacer o dejar de hacer para eludir sus golpes. El «destino» simboliza la ignorancia y la impotencia humanas, y debe su asombroso y aterrador poder a esas mismas debilidades de sus víctimas. Y, como escribieron los editores de *Hedgehog Review* en su introducción al número especial dedicado al miedo, «a falta de confort existencial», la gente tiende a conformarse «con la seguridad, o con la apariencia de seguridad».⁷

El terreno sobre el que se supone que descansan nuestras expectativas vitales es, ciertamente, inestable, como lo son nuestros empleos y las empresas que los ofrecen, nuestras parejas y nuestras redes de amigos, el estatus del que disfrutamos en la sociedad en general y la autoestima y la confianza en nosotros mismos que ese estatus genera. El «progreso», que

antaño fue la manifestación más extrema del optimismo radical y también la promesa de una felicidad universalmente compartida y duradera, se ha desplazado hacia el polo opuesto, hacia el polo distópico y fatalista de la expectativa: ahora representa la amenaza de un cambio implacable e ineludible que, en vez de augurar paz y alivio, solo presagia crisis y tensiones continuas e impide un solo instante de descanso. El progreso se ha convertido en una especie de interminable e ininterrumpido juego de las sillas en el que un momento de descuido acarrea una derrota irreversible y una exclusión irrevocable. En lugar de grandes expectativas y dulces sueños, el «progreso» evoca un insomnio lleno de pesadillas en las que se vive la angustia de «quedarse atrás», de perder el tren o caer por la ventanilla de un vehículo que acelera a gran velocidad.

Incapaces de lentificar el alucinante ritmo del cambio, y más aún de predecir o de controlar su dirección, nos centramos en aquellas cosas sobre las cuales podemos, o creemos que podemos, o se nos asegura que podemos, influir: intentamos calcular o minimizar el riesgo de que nosotros personalmente, o bien aquellos que nos son más cercanos y queridos en un determinado momento, podamos ser víctimas de los innumerables e incalculables peligros que se sospecha que nos depara el turbio mundo y su incierto futuro. Nos enfrascamos en la tarea de escrutar los «siete signos del cáncer» o los «cinco síntomas de la depresión», o en la de exorcizar el fantasma de la hipertensión arterial, del colesterol alto, del estrés o de la obesidad. En otras palabras, buscamos objetivos

sustitutivos en los que descargar ese miedo existencial sobrante que no ha podido contar con una válvula de escape, y encontramos esos objetivos improvisados al tomar elaboradas precauciones contra la inhalación del humo del cigarrillo de otra persona, contra la ingesta de alimentos grasos o de bacterias «malas» (mientras ingerimos con avidez aquellas bebidas que prometen contener las «buenas»), contra la exposición al sol o contra el sexo sin protección. Los que podemos permitirnoslo, nos fortificamos contra todos los peligros visibles e invisibles, presentes o previstos, conocidos o todavía desconocidos, dispersos pero omnipresentes encerrándonos entre cuatro paredes, llenando los accesos a nuestras viviendas de cámaras de vídeo, contratando vigilantes armados, conduciendo vehículos blindados (como los famosos todoterrenos), llevando prendas de vestir reforzadas (como los «zapatos con suela engrosada») o yendo a clases de artes marciales. «El problema», por citar una vez más a David L. Altheide, «es que esas actividades reafirman y ayudan a generar la sensación de desorden que nuestras acciones provocan». Cada cerradura adicional que ponemos en la puerta de entrada de nuestra casa como respuesta a sucesivos rumores de delincuentes de aspecto extranjero embozados en capas llenas de puñales y cada próxima revisión de nuestra dieta como respuesta a una sucesiva «alerta alimentaria» hacen que el mundo parezca *más* peligroso y temible, y dan lugar a *más* acciones defensivas, acciones que, por desgracia, insuflarán más energía a la capacidad de autopropagación del miedo.

Se puede obtener mucho capital de la inseguridad

y del miedo, y eso es lo que se hace. «Los anunciantes», comenta Stephen Graham, «han estado explotando deliberadamente el miedo generalizado al terrorismo catastrófico para aumentar aún más las ventas de los muy rentables todoterrenos.»⁸ Esos monstruos militares, que tragan mucha gasolina y que son mal llamados «vehículos utilitarios deportivos», ya han alcanzado el 45 por ciento de todas las ventas de coches en Estados Unidos y se están incorporando a la vida cotidiana urbana como «cápsulas defensivas». El todoterreno es

un símbolo de seguridad que, al igual que los núcleos residenciales cerrados por los que tan a menudo circulan, es presentado en los anuncios como algo inmune a la arriesgada e impredecible vida urbana del exterior [...]. Esos vehículos parecen mitigar el miedo que sienten las clases medias urbanas cuando se desplazan —o cuando están en un atasco— por su ciudad «de pertenencia».

Como si fuera efectivo líquido listo para cualquier clase de inversión, el capital del miedo puede convertirse en cualquier tipo de beneficio, ya sea comercial o político. Y de hecho eso es lo que pasa. La *seguridad personal* se ha convertido en un argumento de venta importante, quizá *el más* importante, en toda clase de estrategias de mercadotecnia. «La ley y el orden», reducidos cada vez más a la promesa de seguridad personal (más concretamente, *física*), se han convertido en un argumento de venta importante, quizá *el más* importante, en los programas políticos y en las cam-

pañas electorales; mientras que el despliegue de amenazas a la seguridad personal se ha convertido en una baza importante, quizá *la más* importante, en la guerra por los índices de audiencia de los medios de comunicación de masas, reponiendo constantemente el capital del miedo y contribuyendo aún más al éxito de sus usos comerciales y políticos. Como dice Ray Surette, el mundo que se ve en la televisión se asemeja a un mundo en el que «ciudadanos-ovejas» son protegidos de «delincuentes-lobos» por «policías-perros pastores».⁹

La peculiaridad más significativa de las transmuciones que sufren hoy los miedos, miedos que, por lo demás, han sido conocidos en todas las variedades de la existencia humana vividas anteriormente, es quizá la disociación entre las acciones inspiradas por el miedo y las sacudidas existenciales que generan el miedo que las inspiró. En otras palabras: el desplazamiento del miedo desde las grietas y las fisuras de la condición humana, en las que nace y se incuba el «destino», hacia áreas de la vida en gran medida desconectadas de la fuente genuina de la ansiedad. Es probable que ningún esfuerzo invertido en esas áreas, por muy serio e ingenioso que sea, pueda neutralizar o bloquear la fuente, por lo que resultará incapaz de aplacar la ansiedad. De ahí que el círculo vicioso del miedo y las acciones inspiradas por este continúe, sin perder ni un ápice de su ímpetu pero sin acercarse a su objetivo aparente.

Expongamos explícitamente lo que se ha insinua-

do antes: el círculo vicioso en cuestión se ha desplazado/movido del área de la seguridad (es decir, de la confianza y la seguridad en uno mismo, o de su falta) al área de la protección (es decir, de estar protegido de, o expuesto a, las amenazas a la propia persona y a sus prolongaciones).

La primera área, progresivamente despojada de la protección institucionalizada, avalada y respaldada por el Estado, ha quedado expuesta a los caprichos del mercado; se ha convertido, por la misma razón, en el campo de juego de las fuerzas globales, fuera del alcance del control político y, por lo tanto, también de la capacidad de los afectados para responder de manera adecuada, y no digamos ya para encajar eficazmente sus golpes. Las pólizas de seguros respaldadas por la comunidad contra desgracias individuales, que en el transcurso del siglo pasado llegaron a conocerse colectivamente con el nombre de Estado social («de bienestar»), ahora están siendo retiradas total o parcialmente y recortadas por debajo del umbral en el que su nivel es capaz de validar y de mantener la sensación de seguridad y, por consiguiente, también la confianza en sí mismos de los actores. Además, lo que queda de las instituciones existentes que encarnan la promesa original ya no ofrece la esperanza, y aún menos la confianza, de que sobrevivirá a nuevas, e inminentes, rondas de recortes.

Con los sistemas de protección construidos y suministrados por el Estado contra las sacudidas existenciales progresivamente desmantelados, y con los mecanismos de autoprotección colectiva, como son los sindicatos y otros instrumentos de negociación

colectiva, cada vez más desprovistos de poder por las presiones de la competencia del mercado, que erosionan la solidaridad de los débiles, ahora se ha dejado en manos de los individuos la responsabilidad de buscar, encontrar y poner en práctica soluciones individuales para problemas generados socialmente, y han de intentar todo eso por medio de acciones individuales y solitarias, mientras son proveídos de herramientas y recursos que resultan manifiestamente inadecuados para semejante tarea.

Los mensajes dirigidos desde las sedes del poder político, tanto a aquellos que cuentan con suficientes recursos como a aquellos que son desafortunados, presentan la fórmula de «más flexibilidad» como el único remedio para una inseguridad que ya es insostenible, y perfilan así la posibilidad de aún más dudas, de aún más privatización de los problemas, de aún más soledad e impotencia y, claro está, de aún más incertidumbre. Excluyen la oportunidad de una seguridad existencial que descansa sobre bases colectivas, por lo que no ofrecen ningún incentivo para las acciones solidarias; en lugar de eso, animan a sus oyentes a centrarse en su supervivencia personal al estilo de «sálvese quien pueda, y que sea lo que Dios quiera», en un mundo indefectiblemente fragmentado y atomizado y, por lo tanto, cada vez más incierto e impredecible.

La retirada del Estado de la función en la que se basaron sus pretensiones de legitimidad durante la mayor parte del siglo pasado vuelve a poner sobre el tapete la cuestión de la legitimación. Un nuevo consenso de la ciudadanía («patriotismo constitucional»,

para emplear la expresión de Jürgen Habermas) no puede construirse actualmente del modo en que solía hacerse no hace demasiado tiempo: mediante la garantía de protección constitucional contra los caprichos del mercado, tristemente célebres por echar a perder los logros sociales y por minar el derecho a la estima social y a la dignidad personal. La integridad del cuerpo político en su forma de Estado-nación, la más común en este momento, está en apuros, por lo que se necesita y se busca urgentemente una legitimación alternativa.

A la luz de lo que se ha dicho antes, no es en absoluto sorprendente que en la actualidad se busque una legitimación alternativa de la autoridad estatal y otra fórmula política para el beneficio de la ciudadanía obediente en la promesa del Estado de proteger a sus ciudadanos contra los peligros para la *seguridad personal*. Aquel fantasma de la degradación social contra el cual el Estado *social* prometió proteger a sus ciudadanos está siendo sustituido, en la fórmula política del «Estado de la seguridad personal», por la amenaza de un pedófilo suelto, de un asesino en serie, de un mendigo visualmente molesto, de un atracador, de un acosador, de un envenenador, de un terrorista o, mejor aún, por todas esas amenazas reunidas en la figura de un inmigrante ilegal, contra el cual el Estado moderno, en su encarnación más reciente, promete defender a sus súbditos.

En octubre de 2004, la BBC2 emitió una serie documental titulada *The Power of Nightmares: The Rise of*

the Politics of Fear [El poder de las pesadillas: el auge de la política del miedo].¹⁰ Adam Curtis, guionista y productor de la serie y uno de los realizadores de programas serios de televisión más aclamados de Gran Bretaña, señalaba que, aunque el terrorismo global es sin duda un peligro demasiado real que se reproduce continuamente en la «tierra de nadie» de la jungla global, gran parte, si no la mayor parte, de la amenaza que con carácter oficial se ha estimado que representa «es una fantasía que ha sido exagerada y distorsionada por los políticos. Es una oscura ilusión que se ha extendido, sin cuestionarse lo más mínimo, entre los gobiernos de todo el mundo, los servicios de seguridad y los medios de comunicación internacionales». No sería demasiado difícil rastrear las razones de la rápida y espectacular trayectoria de esa ilusión: «En una época en la que todas las grandes ideas han perdido credibilidad, el miedo a un enemigo fantasma es lo único que les queda a los políticos para mantener su poder».

Numerosas señales del desplazamiento inminente de la legitimación del poder estatal a la del Estado de la seguridad personal podían detectarse ya mucho antes del 11 de septiembre de 2001, aunque la gente necesitara, al parecer, el impacto emocional de ver reproducido durante meses a cámara lenta en millones de pantallas de televisión el desplome de las Torres Gemelas de Manhattan para asimilar y comprender la noticia, y para que los políticos pudieran reencauzar las preocupaciones existenciales populares hacia una nueva fórmula política. La batalla presidencial entre Jacques Chirac y Lionel Jospin en Francia adoptó la

forma de una subasta pública, con dos líderes políticos compitiendo entre sí para superarse mutuamente con promesas de más demostración de fuerza en la guerra contra la delincuencia, lo que llevó a una legislación más estricta y severa y a castigos cada vez más ingeniosos e imaginativos para los delincuentes jóvenes o adultos y para los extraños y alienantes «extranjeros entre nosotros». Cuando George W. Bush recurrió a la dureza en la «guerra contra el terror» en su lucha por repeler el desafío de su rival, y cuando el líder de la oposición británico intentó desestabilizar el Gobierno del «nuevo laborismo» focalizando las difusas preocupaciones existenciales derivadas de la desregulación de los mercados de trabajo en la amenaza que representaban los gitanos nómadas y los inmigrantes sin hogar, lo que hicieron fue sembrar las semillas del miedo en un terreno que ya estaba bien abonado para él.

No es una mera coincidencia (de acuerdo con Hugues Lagrange)¹¹ que las «alertas de seguridad» más espectaculares y las alarmas más sonoras sobre el aumento de la criminalidad, acompañadas de medidas ostentadamente duras por parte de los gobiernos y manifestadas, entre otras cosas, en un rápido aumento de la población carcelaria (la «sustitución del Estado social por un Estado carcelario», como dijera Lagrange), se hayan dado, desde mediados de los años sesenta del siglo pasado, en los países con los servicios sociales menos desarrollados (como España, Portugal o Grecia) y en los que la provisión social se ha ido reduciendo drásticamente (como Estados Unidos y Gran Bretaña). Ninguna investigación emprendida

hasta el año 2000 ha mostrado una correlación significativa entre la severidad de la política penal y el número de delitos, si bien la mayoría de los estudios han descubierto una fuerte correlación negativa entre el «impulso carcelario», por un lado, y la «proporción de provisión social independiente del mercado» y el «porcentaje de producto interior bruto destinado a dicha provisión», por el otro. En resumidas cuentas, se ha demostrado, más allá de toda duda razonable, que el nuevo interés por focalizar la atención en la delincuencia y en los peligros que amenazan la seguridad física de las personas y de sus bienes está íntimamente relacionado con el «ambiente de precariedad», y que sigue de cerca el ritmo de la desregulación económica y de la consiguiente sustitución de la solidaridad social por la responsabilidad individual.

«No hay nuevos monstruos terroríficos. Se está extrayendo el veneno del miedo», observó Adam Curtis al opinar sobre la creciente preocupación por la seguridad física. El miedo está ahí, saturando la existencia humana cotidiana a medida que la desregulación cala hondo en sus cimientos y los bastiones defensivos de la sociedad civil se desmoronan. El miedo está ahí, y recurrir a sus reservas aparentemente inagotables y ansiosamente renovadas para reconstruir un capital político agotado es una tentación a la que muchos políticos encuentran difícil resistirse. Y la estrategia de capitalizar el miedo también está bien arraigada, de hecho es una tradición que se remonta a los primeros años del asalto neoliberal al Estado social.